

www.elboomeran.com

François Sureau
EL CAMINO
DE LOS DIFUNTOS

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *Le chemin des morts*

© Éditions Gallimard, 2013
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-20-5
DEPÓSITO LEGAL: CC-242-2015
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.
Prohibida su venta en América Latina.

En memoria de Philippe Bissara

Los años ochenta quedan lejos y me recuerdan a la preguerra, pero a una preguerra a la que ninguna guerra vino a poner fin, y que simplemente cambió de curso. En cuanto a quienes la vivieron, hoy en día parecen perdidos sin sus batallas y sus aventuras.

En 1983 yo acababa de entrar en el Consejo de Estado en calidad de auditor de segunda clase. No había cumplido ni los veinticinco años y estaba maravillado de encontrarme en medio de los juristas cuyos trabajos habían marcado mi juventud. Había alcanzado el paraíso de los presidentes Laroque y Bouffandeau, inventor de la Seguridad Social el primero y reformador del contencioso-administrativo el segundo. Iba a convertirme en uno de los personajes de la doctrina legal del Consejo de Estado que había tenido por biblia, y que como tal funciona, en efecto, pues

en ella el mundo y sus reveses acaban ordenados según las categorías del Derecho. Me sabía de memoria pasajes enteros del caso *Dol y Laurent*, en el que dos prostitutas del puerto de Brest alumbran involuntariamente la teoría de las «circunstancias excepcionales». Podía recitar de memoria las conclusiones de Léon Blum sobre el caso *Lemonnier*. Había salido airoso tres veces del *Transbordador de Eloka*. Pronto mi nombre figuraría también en aquellas tablas, con abreviaturas que recordaban las citas militares: X, Pon. (Ponente); Y, C. d. G. (Comisario del Gobierno). Por encima, las palabras «sección» o «asamblea» mostrarían claramente la importancia de las cuestiones sobre las que me había sido dado juzgar.

En la cafetería del Palacio Real, situada en el ala vecina a la Comédie Française, me quedaba de pie, silencioso ante mi café, en compañía de los de mi generación. Nuestros antecesores eran amables, muy educados. Señalábamos de lejos al que habían expulsado en 1940 por ser judío, en connivencia con el último jefe de gabinete del mariscal Pétain, al antiguo piloto de la RAF, a la inspiración secreta de los ministros comunistas, al airado de la Argelia francesa. El pasado se abría ante nosotros como una trampa.

Yo vivía en un pequeño apartamento cuyas ventanas daban a la plaza del Ayuntamiento de

París. Fui testigo de la construcción de las enormes palanganas ucranianas que la desfiguran. Tenía una doble vida: el Derecho, su seriedad, sus misterios, y luego la noche, la vida acelerada y alegre. No albergaba ningún temor. Escuchaba las radios libres que un gobierno bien provisto de viejos estalinistas acababa de autorizar. Preparé mis primeros informes en compañía de Percy Sledge y del cascabeleo de la música mexicana que acompañaba el anuncio del café Jacques Vabre en la tele, y que aún canturreo de vez en cuando.

Los años ochenta estaban a caballo entre dos mundos y yo también. Seguíamos siendo de izquierda, al menos mis amigos y yo, pero al mismo tiempo llevábamos aquellas ridículas chaquetas austriacas sin cuello que parecían sacadas de un trastero de Berchtesgaden y que prestaban a los militantes de vacaciones un aire heideggeriano.

Ni de la vida ni del Consejo de Estado habían desaparecido los viejos líderes, antiguas glorias que no se decidían a abandonar el escenario pese a haber quedado en segundo plano: los intelectuales comunistas, todo tipo de comprometidos, los prefectos dictadores surgidos del gaullismo, los veteranos de Bir Hakeim, los partidarios de Brézhnev, Georges Marchais contra Pierre Messmer. Pero muchos ministros eran apenas más viejos que yo; soplaban un fuerte viento del Atlánti-

co que traía bolsas de papel llenas de reservas, de cocaína, de indiferencia por la miseria, del gusto por ir rápido y por ganar mucho dinero. El carrusel francés llevaba cincuenta años dando vueltas con sus cansados caballos de madera, que tenían cabeza de miembro de la resistencia, de colaborador, de policía y de trotskista: ya se podía bajar de allí y salir a la aventura.

Muy pronto me di cuenta de que me sería difícil encontrarla en el Palacio Real. Seis meses más tarde estaba desencantado. Me habían nombrado ponente en una nueva subsección, presidida por un antiguo administrador de las colonias que había heredado informes de los que nadie quería saber nada. En lugar de tratar con cuestiones importantes de libertad pública, me ocupaba de la concentración parcelaria y del contencioso de la indemnización de los repatriados de Argelia, treinta años después. Cuando el secretario general me propuso un puesto en la Comisión de Apelaciones de Refugiados, acepté con entusiasmo, sin tener mucha idea de lo que me esperaba.

Curiosamente, había pocos voluntarios para esta función, que los mejores —de los que ya se veía que yo no formaba parte— juzgaban desmoralizante y poco propicia a los buenos razonamientos. Cuando un solicitante de asilo llega a Francia, pide el estatuto de refugiado a la Oficina Fran-

cesa de Protección de los Refugiados y Apátridas, y, si ésta lo rechaza, puede presentar un recurso ante la Comisión de Apelaciones.

La Oficina, dirigida generalmente por un embajador caído en desgracia, era una administración de las más mediocres, en la que apenas se recibía a los solicitantes y en la que se tomaban las decisiones tirando los expedientes sobre los escalones. La Comisión, por su parte, hacía el trabajo con toda seriedad. Una manía nacional le ha cambiado el nombre por el de Corte Nacional de Derecho de Asilo, pero en el fondo no ha cambiado nada. Es un tribunal dividido en secciones. Cada sección consta de tres jueces, uno de los cuales es designado por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. El ponente prepara los expedientes, y da su parecer en audiencia pública antes de que se le conceda la palabra a los solicitantes.

En aquella época todo era muy artesanal. Había dos o tres mil solicitudes al año, mientras que ahora hay más de treinta mil. La Comisión constaba de tres secciones, y hoy en día son más de cien. Los jueces y los ponentes eran voluntarios y en general provenían de tribunales administrativos, y no, como ocurre en nuestra época, de la judicatura, cuyos miembros tienden a pensar que todo individuo moreno es, por experiencia, un ladrón

de gallinas. El ponente participaba en la deliberación. Los dos personajes principales eran el presidente de sección y el ponente, que trabajaban en grupo, se ponían de acuerdo sobre la decisión que iban a tomar y la redactaban juntos.

Mi presidente de sección se llamaba Georges Dreyfus. Era al mismo tiempo presidente de la Comisión, que se reunía en la calle de la Verrerie, a dos pasos de mi casa, en un complejo de edificios viejos del Marais, apenas reformados, mal ensamblados e incómodos. Los refugiados esperaban su turno en sofás hundidos. La mayoría de ellos carecía de abogado y se defendía a sí mismo. No había agentes de policía ni guardias de seguridad.

Georges Dreyfus me parecía viejo. Debía de tener más o menos la misma edad que yo hoy en día. Era muy delgado, tenía una espesa cabellera gris y siempre estaba erguido, envuelto impecablemente en su traje de alto funcionario francés, gris en invierno, *beige* en verano, con su cinta de comandante de la Legión de Honor en el ojal. Había entrado bastante tarde en el Consejo de Estado, tras haber hecho carrera en la administración colonial. Creo que había sido jefe de distrito en Camerún y después, al final, el último gobernador del África Ecuatorial francesa, lo cual le confería un prestigio del que no abusaba. Tampoco se daba aires de grandeza. Era siempre sen-

cillo, franco, directo; poseía una inteligencia viva y a menudo compasiva. Al contrario de muchos de sus pares, dejaba que los refugiados hablaran largo y tendido en la sesión, nunca manifestaba impaciencia, los interrogaba con humanidad y parecía siempre a punto de cambiar de opinión hasta el último momento. Los pobres refugiados no se marchan del país donde los persiguen con un certificado de tortura firmado por el jefe de policía en el bolsillo. Casi nunca presentan pruebas. Lo que cuenta es su testimonio. Hace falta mucha lucidez. Algunos no dicen la verdad que les proporcionaría el estatuto y prefieren dedicarse a contar cuentos para ganarse a la Comisión, persuadidos por sus amigos. Otros dan mala impresión al argumentar con voz estentórea o al intentar mover a compasión, mientras que una narración más simple y fiel decidiría a sus jueces.

Georges Dreyfus se equivocaba muy pocas veces. Él mismo se había visto desprovisto de la nacionalidad francesa en 1940 porque, encontrándose en Londres por sus estudios, se había incorporado de inmediato a las Fuerzas Francesas Libres. Siguió a Leclerc, de Kufra a Estrasburgo y Berchtesgaden. No le resultaba ajeno nada de lo que pudieran decir en las sesiones, a veces con mucha torpeza, quienes habían tomado una determinación decisiva y, por su culpa, habían oído el

de ningún modo paternal. Muy pronto no ne
esitamos hablar para entendernos.